Nuestro Director, Académico

Esta modesta Revista del Centro de Estudios históricos de Granada y su Reino, está de enhorabuena. Su director, y más que director, creador y alma de ella, el laborioso—este es el único calificativo que nuestra intimidad nos permite—Catedrático de la Universidad Central, don Mariano Gaspar Remiro, ha sido llamado al seno de la Real Academia de la Historia.

Con la expresión de nuestro profundo regocijo por tan honroso llamamiento, aquí pondríamos fin a estas líneas, temerosos de que las más someras consideraciones que pudiéramos hacer sobre la justicia de la designación y los méritos del elegido, pudieran parecer a algunos «alabanza en boca propia». Pero como al dar esta noticia la prensa unánime ha reconocido aquella justicia y estos méritos, bien podemos nosotros afirmar ambas cosas, con mayor autoridad que nadie, por conocerlas más de cerca, sin temor a que se nos tache de parcialidad.

Gaspar Remiro, aquí en Granada, primero, y en Madrid después y actualmente, es un trabajador incansable, un investigador de nuestra historia musulmana tan competente como minucioso, a quien se deben muchos preciosos materiales, hasta él desconocidos; que no podrán dejar de ser tenidos en cuenta por los nuevos historiadores—si han de merecer, justamente, el título de tales.

La lista de las obras, alguna premiada por la misma ilustre Corporación que lo ha llevado a su seno, folletos, discursos, etc., de nuestro querido Director, sería interminable, y toda su labor junta, de orientalista, bastaría para hacer más de una reputación. La colección de esta Revista, cuyo tomo anual de cuatrocientas páginas ocupa siempre él en más de sus tres cuartas partes, es una prueba innegable de laboriosidad a que nos hemos referido, y la demanda de sus trabajos por aficionados y eruditos, tanto nacionales y extranjeros, evidencia el acierto que siempre acompaña a Gaspar Remiro en sus investigaciones.

Y aquí hacemos punto, recelosos de herir la modestia de nuestro

director, que es su nota característica, y también para no incurrir demasiado en lo que tanto queremos evitar; pero afirmando que Gaspar Remiro está donde debe estar y que allí ha ido por obra y gracia de sus propios méritos. Aunque esta afirmación no vaya contra la gratitud que debemos a la docta Corporación por haberlos reconocido y sancionado.

Aureliano del Castillo.